RICARDO DONOSO, EL DESCONSAGRADOR

Carlos Ruiz-Tagle

ACADEMICO DE NUMERO ACADEMIA CHILENA DE LA LENGUA

Durante años, en Argentina, se podía alabar y únicamente alabar a los Grandes de la Patria. Nada de críticas. Menos aún críticas negativas. Supongo que Patria se escribiría con mayúscula, por si así pudiera llegar a ser algo más.

Desde hacía tiempo se había corrido un velo sobre las demencias, los rencores, los latrocinios y las felonías de las figuras que se hallaban en el bronce... Hasta que un humorista argentino, Ignacio B. Anzoátegui, se rió de estos prohombres y publicó sus obras *Vidas de payasos ilustres* y *Vidas de muertos*.

Y después que Anzoátegui destapó la olla, los dioses no bajaron, empezaron a caer estruendosamente del Olimpo.

Eso era en Argentina. Pero desde mucho antes, a este lado de los Andes, existía un obcecado desconsagrador de figuras en bronce. O sea de aquellas bajo cuyos altos pedestales nos sentimos hormigas, residuos, escoria, nos sentimos, en una palabra, nada.

Y ese desconsagrador ha sido don Ricardo Donoso Novoa.

Encina ¿qué? ¿Cuál va a ser la palabra única que lo caracterice? Encina simulador. Y no un tomo, dos tomos a doble columna. Por una columna se lee lo que escribió Encina, por la otra lo que dijo antes que él, Barros Arana. Vale decir, se trataría de una acusación de plagio fundamentada.

A mi antepasado, don José Perfecto Salas, no le queda nada de Perfecto bajo la óptica de don Ricardo. ¡Robó tanto en combinación con el Virrey del Perú! Robó tanto que su hijo, don Manuel de Salas, para devolver en parte a la sociedad lo malhabido por su padre, construyó asilos y otras instituciones de beneficencia. Así nació el

filántropo. Si no fuera por él, no tendríamos ni la Biblioteca Nacional.

Recuerdo que cuando fui a devolverle el libro sobre don José Perfecto a don Ricardo, le hice notar mi desagrado. Mi madre era descendiente directa de don José Perfecto, y ella también había leído la obra.

- —Su madre debe de haber disfrutado —me dijo don Ricardo Es interesante la vida de don José Perfecto, hombre de muchas luces, ¿no encuentra usted, Carlos? Y don Manuel de Salas, tan beato en su vida familiar y trayendo libros prohibidos: Voltaire, los Enciclopedistas, y los internó a la mala, es cosa sabida.
 - -¿Cómo que a la mala, don Ricardo?
- —Cuando ya los iba a embarcar por Cádiz, lo detuvieron. Eran muchos los cajones.
- —¿Y qué hizo don Manuel de Salas?
- —Fue donde el obispo de Cádiz y consiguió un permiso. Alfonso Bulnes habla de eso en un excelente artículo.

Y don Ricardo echó una gran bocanada de humo, de esos puros que fumaba y que en algún lugar del tiempo y del espacio celestial debe estar fumando, con el sello de elegancia que lo caracterizaba.

El libro Alessandri, agitador y demoledor, apareció en 1952. Don Ricardo afirmaba que tanto el León como los cachorros, debieran hallarse agradecidos por esa publicación en dos tomos.

—¿Qué otro historiador —decía— ha trabajado tanto en busca de documentos irrefutables? Nadie me ha podido desmentir nada, absolutamente nada.

El primer tomo de esta obra había desaparecido de las librerías, pero él se las arregló para que yo lo tuviera por un tiempo. Quería leerlo.

El desconsagrador tenía modales suaves, caballerosos y unos ojos celestes que reflejaban un alma de abuelito bueno. Había, a no dudarlo, un abismo entre el polémico y corajudo autor de Encina, simulador y este padre de familia, suave y simpatiquísimo.

Conocí tarde a don Ricardo y sólo ahora, a través del número 153 de la Revista Chilena de Historia y Geografía, descubro algunos datos que me parece repetir aquí. Nació el 1º de enero de 1896 en Talca,

hermano del talentoso crítico literario Armando Donoso. Para entrar a la Universidad, don Ricardo se vino a Santiago e ingresó al Pedagógico, graduándose de Profesor de Historia y Geografía.

Más tarde fue Conservador del Archivo Nacional, época en la cual tuvo alguna vinculación con Arturo Alessandri Palma. "Pero no amistad", declara. En realidad es una aclaración absolutamente innecesaria.

Ricardo Donoso obtuvo el Premio Nacional de Ciencias poco antes de que existiera el de la Historia. Más tarde, en México, el Rafael Heliodoro Valle. Fue profesor invitado de las Universidades de Harvard y de Miami.

Gracias a don Ricardo, yo edité dos libros en ICIRA, Instituto de Capacitación e Investigación en Reforma Agraria. El primero fue La propiedad austral, escrito por Ricardo Donoso con Fanor Velasco. El segundo, Memorias de un cacique Mapuche, de Pascual Coña. Esta obra bilingüe era producto de la acuciosa tarea del Padre Wilhelm Moesbach. La primera edición había salido en la Revista Chilena de Historia y Geografía.

Algunas reuniones mías con don Ricardo fueron en la calle Londres en la Sociedad Chilena de Historia y Geografía.

Yo no pensaba igual que él en el aspecto religioso. Pero eso no era obstáculo para ser amigos. Tampoco lo era que yo demostrase mi admiración por Jaime Eyzaguirre. A éste, don Ricardo le propinó todo un volumen llamado *Omisiones*, errores y tergiversaciones de un libro de historia. Se trata de una obra que Eyzaguirre dedicó al Gobierno de Federico Errázuriz Echaurren.

Don Ricardo era casado con la señora Teresa Bindis. Un matrimonio armonioso y quitado de bulla, un matrimonio como de provincia trasplantado a la calle Lastarria. Por la tarde el historiador era muy visitado, e invitaba con whisky del mejor a sus amigos.

Lo que resultaba un espectáculo era verlo subir las enormes escaleras de mármol acompañado de algunos amigos que tenía en el servicio. A medida que iba subiendo, oíase como un eco, su voz que despotricaba contra el Gobierno de Pinochet. Entonces los funcionarios le huían, de tal manera que él llegaba prácticamente sólo donde la Azucena Torres, a la Sala Medina.

La generosidad intelectual de don Ricardo, resultaba fuera de serie. Gracias a ella, a partir de su libro La sátira política en Chile pude presentar en el Museo Vicuña Mackenna una exposición llamada Vicuña Mackenna en caricaturas.

Como mi padre era Ruiz-Tagle Vicuña, me interesaba yo en saber el origen de la familia Vicuña.

- -; Son vascos, don Ricardo?
- —Eso es lo que dicen ellos —repuso— Hay unos animalitos en el norte...
 - —¿Unos animalitos, don Ricardo?
- —Sí. ¿No los conoce? De esos animalitos creo yo que pueden descender.

Al historiador le cargaba la Gabriela Mistral y juntaba libros novedosos donde ella quedaba en ridículo. La verdad es que gastaba en libros, era su único lujo.

La Sala Medina no era igual con o sin ese profesor de puro que recibía todo tipo de consultas. Tenía una alegría innata y contagiosa. Se veía bien con ese suntuoso decorado, el sombrero puesto en la mesa y un alto de libros por consultar.

Publicó libros y artículos en varios países americanos, fue un autor versátil y prolífico. Como investigador era formidable. Pero su estilo solía resentirse de alguna aridez.

Pensaba don Ricardo que, en un momento dado, hubo una morigeración en el tono de los periódicos en Chile. No se decía que las cosas eran, sino que podrían ser. Partiendo del New York Time esa tendencia, esa morigeración, llegó a El Mercurio. Al historiador le hubiera gustado, sin duda, un periodismo más combativo. Por su nombre llaman la atención, en el siglo pasado y en la década del 30, El hambriento y El canalla, ¿podrían llamarse así dos diarios de hoy día?

Su excelente biblioteca era parte de una reserva de dinero "que dejó para cuando jubilara".

Tuvo alumnos tan aventajados como Néstor Meza y Mario Góngora, a quienes recordaba con cariño. Me parece que le hubiera gustado verlos más a menudo.

Pudo haber sido un político de centro izquierda, de alguno de los

Partidos Radicales. Pero entonces no tendríamos sus valiosos libros, su ejemplo de sobriedad, su gravitación en el medio intelectual.

En su obra, la Iglesia Católica presenta un papel claramente reaccionario. Y como le interesaban los jesuitas, les dedicaba atención preferente.

Sin embargo, varias veces encontré sacerdotes en su casa, en especial al párroco de la Veracruz, iglesia que se hallaba cerca.

Un día lo invité al Museo Vicuña Mackenna para un homenaje de la Universidad de Chile. Cuando don Ricardo ya había llegado, alguien avisó a Carabineros en el sentido de que se realizaría un acto no autorizado.

Apareció una pareja policial a ver de qué se trataba. Yo les pedí a los carabineros que pasaran un momento a mi oficina. El acto ya iba a empezar y me parecía que era necesario aclarar algunas cosas.

Me preguntaron por don Ricardo y les dije que sí, que estaba en el programa. Un telefonista había avisado a la Comisaría diciendo que era un peligroso elemento.

Me referí a la edad del historiador y a algunas de sus obras. Ellos dudaban. Por fin se fueron no del todo tranquilos. Preguntaron a qué hora terminaría el acto. Les dije que como a las 9 y aseguraron que volverían para cerciorarse de que cada cual se retiraría tranquilo. Ni siquiera supe si volvieron.

Un poco a causa de lo polémico, el libro más comentado de don Ricardo ha sido Alessandri, agitador y demoledor.

Es excesivo. ¿A qué se debería tanta inquina de Donoso por Alessandri? No tengo la respuesta. Además, la cantidad de documentación hace de esos dos tomos un documento farragoso, frente a lo que prácticamente pasa a segundo término la personalidad de Alessandri.

Es cierto, sí, que es un buen título, cosa bastante excepcional en este historiador. Casi siempre agrega algo innecesario.

Así tenemos Don Benjamín Vicuña Mackenna: su vida, sus escritos y su tiempo, 1831-1886.

Barros Arana, educador, historiador y hombre público.

Antonio José de Irisarri, escritor y diplomático.

El marqués de Osorno, don Ambrosio Higgins, 1720-1801.

Y a Alessandri, por lo demás, no sólo lo trata de agitador y demoledor, añade: "cincuenta años de historia política en Chile".

No ocurre esto, por cierto, cuando se aparta de las biografías. Así tenemos Las ideas políticas de Chile, Breve historia de Chile, La sátira política en Chile.

Yo creo que su obra imperecedera se aleja de los tomos escritos en contra de alguien. Tomos que, por lo demás, nos recuerdan a otro vasco de alma, Miguel de Unamuno: Contra esto y aquello. El más valioso legado de Donoso, es su obra primera: la biografía de Vicuña Mackenna, publicada en 1925 y premiada por la Universidad de Chile. Asimismo tienen calidad Las ideas políticas en Chile y el grueso libro dedicado a don Ambrosio Higgins, escrito así, carente de la 0' a la que ya nos habíamos habituado.

Respecto al libro sobre Vicuña Mackenna, don Ricardo me contó que fue un trabajo lento y que muchos datos se los dio la viuda, doña Victoria Subercaseaux. El iba a verla por las tardes y anotaba, anotaba, gozaba anotando y construyendo al personaje llamado Benjamín. Así nos dejó a todos sus lectores un libro espléndido. La vida del gran Intendente que sólo descansó a la hora de su muerte, a los 54 años.

Pero habiéndose agotado hace mucho tiempo la Primera Edición, aún no entra, desde Argentina, la segunda (Editorial Francisco de Aguirre) publicada en 1983.

El libro sobre Vicuña Mackenna, en el cual se advierte la compenetración del autor con el personaje, no existe en las librerías chilenas.

En los últimos días de don Ricardo había mucha gente que deseaba saludarlo. Una tarde llevé, para que lo conociera, a Jorge Edwards. Don Ricardo estuvo hablando con entusiasmo de la obra de Jorge, su *Persona Non Grata*. Sospecho que al historiador le hubiera gustado ser *Persona Non Grata*... tanto por carácter como por naturaleza.

La señora Teresa, la esposa, cuidaba de don Ricardo para que no hablase mucho con las visitas: parece que hablar lo excitaba.

Otro día recuerdo que le llegó el primer volumen de la Historia de Chile de Gonzalo Vial Correa.

Don Ricardo miró un momento la tapa e irrumpió:

—Lo que faltaba, Gonzalo Vial: la Historia de Chile del Opus Dei. Me reí mucho con esta salida tan suya, esa irrupción del alma. Toda una generación laica, toda una generación que hizo de la historia una ciencia, una generación que se preocupaba mucho por ir a las fuentes, poco por el estilo literario, se iba muriendo tras los ventanales de esa casa en calle José Victorino Lastarria. La casa de don Ricardo, la señora Teresa y sus hijas. La casa del habano medio encendido, uno que otro whisky del bueno y el sombrero alto color gris paloma sobre una mesita.

¿Cuáles eran las obras que, sin embargo, no iban a morir con don Ricardo? No lo sabemos todavía, hemos nombrado tres y es mucho para un creador o un historiador. Su biografía de Benjamín Vicuña Mackenna ha pasado los 60, más bien los 63 años de prueba desde que se publicó en 1925. Y está fresca y resplandeciente, como una señal de gratitud. La de gratitud de Ricardo Donoso Novoa, el desconsagrador, que muy de vez en vez consagraba con todo el imperio de su alma.